

vo de conocimientos. Un verdadero desfile de anécdotas, personajes y acotaciones a la luz de una pasión nacional, muestra de la preocupación que manifiesta Luis Beltrán por todo lo que sucede en su patria en el período histórico que nos ha tocado vivir.

Su prosa es limpia y su juicio sereno a pesar de la hondura interpretativa. En esto Luis Beltrán es muy clásico y se nota sin duda la influencia de los escritores latinos y el siglo de oro español.

Sin embargo, es una verdadera lástima que este humanista tan proficuo avance en extensión y no en profundidad. Las letras venezolanas necesitan un eje, un espinazo, en vez de muchos radios. A Luis Beltrán se le puede aplicar el adagio latino: "non multa sed multum".

C. V.

TEOLOGIA

PEDRO ARRUPE, MARIO BERTINI y otros

"El riesgo de la experiencia religiosa". Editorial Marova, Viriato 55, Madrid-10, España, 1968.

Hoy no nos gusta aceptar la idea de riesgo. Somos calculadores. El mundo técnico que nos rodea trata de evitarlo al máximo en un viaje a la Luna, en el edificio que construye, en el alimento que procesa, en las iniciativas de grandes corporaciones, que no pueden jugarse alegremente sus millones. Todo está contabilizado y el hombre vive estrictamente programado y rigidamente planificado.

Sin embargo, hay áreas en la persona humana que exigen el riesgo para que se perfeccione y se realice. Es el riesgo del deber por cumplir aun a costa de perjuicios físicos y aun mortales. Es el riesgo del amor en el matrimonio, que puede quedar tristemente frustrado. A pesar de ello, estos riesgos se admiten.

El riesgo es mayor al llegar a la experiencia religiosa. Este libro afronta de lleno el problema del hombre moderno ante ella. ¿Qué se entiende por experiencia religiosa y en qué difiere de otras formas o grados de experiencia? ¿Es posible para el marxismo una experiencia religiosa heterogénea? ¿Es alienante para el marxista la experiencia religiosa? ¿Cuáles son las características de una experiencia religiosa auténtica? ¿Qué riesgos comporta? La revelación cristiana ¿limita la capacidad de experiencia religiosa de la persona humana? A los dos mil años de la venida de Cristo, ¿no corremos el riesgo de que El pase por nuestras vidas como un desconocido? ¿Hay algún hombre verdaderamente indiferente a la religión? Esta vieja pregunta y las demás interesan hoy más que nunca, pues nos repiten que el ateísmo no es ya un fenómeno de élite, sino de masa.

Dieciséis autores van respondiendo en forma de entrevista a tales preguntas. Son profesores de teología, psicología, filosofía, geometría, historia, sociología, moral, liturgia, dermatología, biblia, un marxista, un juez de menores y una escritora.

El tema no queda agotado. Pero al menos este debate sirve de estímulo para pensar, reflexionar, profundizar en algo que nos acosa diariamente. Se inició ante un público de jóvenes y participaron creyentes y no creyentes, deseosos todos de buscar más altos puntos de convergencia y de profundizar en la verdad.

Debido al método de entrevista, el estilo es vivencial y personal, como de conversación. Por eso este libro tiene el atractivo de lectura fácil y amena, a pesar de la dificultad conceptual de los tópicos discutidos.

J. M. T.

ALEXANDER SOLJENITSYN

Premio Nobel de Literatura

DATOS BIOGRAFICOS

Alexander Soljenitsyn, recientemente designado Premio Nobel de Literatura, nació en Kislovodk el 11 de diciembre de 1918. Por razones de salud no fue llamado a filas durante la guerra; entonces él mismo se ofreció voluntariamente para tomar las armas. Perteneció a una unidad de artillería y participó en las grandes batallas de Leningrado y en la Prusia Oriental. Dos veces fue condecorado por su heroísmo.

Poco antes de terminar la guerra es retirado del frente bajo la acusación de agitación antisoviética —el motivo real había sido una carta interceptada, donde había criticado la política de Stalin—. Sin previo juicio fue condenado a ocho años de trabajos forzados. Cumplida esta condena, deja el campo de concentración el día 5 de marzo de 1953 (el mismo día de la muerte de Stalin) y enseguida es condenado a exilio perpetuo.

En el campo de concentración enfermó de cáncer, y fue internado en el hospital de Tachkent, donde se cura sorprendentemente. A raíz del vigésimo Congreso del Partido, en que públicamente se denunció el culto de la personalidad de Stalin, Soljenitsyn retorna del exilio y fija su residencia en Riazan, a 200 kilómetros de Moscú y se dedica a la enseñanza de las matemáticas en un instituto local de enseñanza media. Más tarde es rehabilitado por la Corte Suprema y declarado viciado de error el juicio condenatorio doce años antes.

En 1962 publica su primera novela, "Un día en la vida de Ivan Desinovich", obra que fue recomendada por la prensa oficial soviética. Las otras grandes novelas, "El primer círculo" y "El pabellón de cancerosos", no han podido ser publicadas en Rusia. Se hizo famosa su Carta Abierta al Cuarto Congreso de Escritores Rusos pidiendo la supresión de todo tipo de censura y exigiendo que la Unión de Escritores dejara de ser un instrumento de opresión y defendiera más bien a los escritores perseguidos. A esta carta se adhirieron no pocos escritores.

El gesto valiente de Soljenitsyn motivó su expulsión de la Unión de Escritores, en un proceso prefabricado. En todas estas ocasiones Soljenitsyn mostró una gran entereza, en un espíritu insobornable. Como muestra de su gran humanismo y de la honda conmoción producida en él por la perturbación de los valores en Rusia y en el mundo actual, ofrecemos a continuación una breve narración acerca de uno de los escasos actos religiosos que todavía se permiten en Rusia.

UN BREVE RELATO DE ALEXANDER SOLJENITSYN

Esta corta narración que hace el Premio Nóbel Alexander Soljenitsyn es literalmente un cuadro hecho con pinceladas de lágrimas y coraje de la Procesión de Pascua alrededor de la iglesia de la Transfiguración en Peredelkino, donde reside el Patriarca de Rusia. El cuadro, al decir del mismo Soljenitsyn, evoca no la cosa en sí, sino la idea de la cosa en la mente, aprensiones, vivencias y honda tristeza de quien lo traza.

Soljenitsyn habla como profeta y su visión excede los límites de Rusia. El cuadro es algo más que el contraste entre la fe de los creyentes y la actitud desconsiderada y descreída de la juventud. Apunta más allá del hecho de una juventud educada en el ateísmo, al fenómeno cósmico de una generación que retorna al primitivismo naturalista y mira con extrañeza y suficiencia a las tradiciones religiosas.

Aparte de la desacración de la procesión se presenta el encuentro lleno de aprensiones de dos generaciones que ni se comprenden ni se respetan. Al final hay una expresión de desilusión para los que vaticinaron un futuro brillante. Aquellos que desencadenaron esta nueva violencia burlona e incrédula caerán también bajo las pisadas de la horda desbocada.

LA PROCESION DE PASCUA DE RESURRECCION

Los expertos nos dicen que al pintar al óleo no debemos representar las cosas exactamente como son, porque para esto sirve la fotografía en colores. Utilizando líneas quebradas y combinaciones de planos cuadrados y triangulares debemos ofrecer la idea de la cosa más bien que la cosa misma.

No puedo imaginar por mi parte cómo empleando fotos en color podamos hacer una significativa selección de figuras y lograr en una composición la imagen de la Procesión Pascual de la iglesia patriarcal en Peredelkino tal como se realiza hoy medio siglo después de la revolución. Sin embargo, una pintura podría decir mucho aunque fuera ejecutada por los métodos más anticuados y sin emplear la técnica de los planos triangulares.

Media hora antes del repique de las campanas, la escena fuera del recinto de la iglesia patriarcal de la transfiguración de Nuestro Señor es como una tumultuosa fiesta en el salón de baile de un lejano y descuidado barrio obrero.

Muchachas de voz chillona vistiendo pantalones y bufandas de vivos colores

—pocas llevan faldas, a la verdad— pasean en grupos de tres o cinco y se abren paso hacia la iglesia. Pero la nave está llena. Las viejas del pueblo habían tomado sus asientos desde temprano la víspera de Pascua. Se miran unas a otras rápidamente y las muchachas se salen, dan vueltas alrededor de la iglesia, gritan estrepitosamente, se llaman entre sí a distancia y comienzan a mirar de cerca las velas verdes, rosadas y blancas que están encendidas fuera de las ventanas de la iglesia y junto a las tumbas de los obispos y canónigos.

Los muchachos —de un semblante duro y mal intencionado— tienen un aire de victoria (pero ¿qué victorias, a no ser haber anotado un goal, han logrado ellos en sus quince o veinte años?). Casi todos tenían puestas sus gorras (los pocos que tienen su cabeza descubierta ya venían así). Uno de cada cuatro se tambalea, uno de cada diez está borracho. La mitad de ellos está fumando y en forma chocante, con el cigarrillo pegado al labio inferior. Así mucho antes de la incensación, y en lugar de incienso columnas grises de humo de cigarrillos se levantan dentro del atrio de la iglesia con sus luces eléctricas hasta el cielo primavera de Pascua con sus nubes oscuras e inmóviles.

Los muchachos escupen en el suelo, se juegan unos con otros hurgando las costillas, unos silban desagradablemente, otros profieren insolencias y otros escuchan en sus transistores músicaailable. En el mismo sitio por donde irá la procesión caminan abrazados con las muchachas, se las arrebatan unos a otros de los brazos y las miran con malicia.

En cualquier momento hay el temor de que vayan a relucir los puñales, primero contra ellos mismos, después contra los creyentes. Porque el modo con que estos jóvenes miran a los creyentes no es como los menores de edad ven a los mayores ni los invitados a los que invitan, sino como el dueño de una estancia mira a las moscas. Todavía no han llegado a relampaguear los puñales. Por pura urbanidad, tres o cuatro policías patrullan el lugar. Las vulgaridades no recorren como rugidos el espacio, sino son sencillamente voceadas como la conversación espontánea rusa.

Legalmente no hay ruptura del orden público que salte a la vista de la policía, por eso los guardas ven con sonrisa complaciente a la nueva generación. No se puede esperar que los vigilantes del orden les arranquen los cigarrillos de entre los dientes a los muchachos o les quiten las gorras de la cabeza. Después de todo, el sitio en que están es una calle pública y no creer en Dios es un derecho constitucional de todo ciudadano.

Arrinconados contra la cerca del atrio y las paredes de la iglesia, los creyentes, lejos de protestar, miran nerviosamente a un lado y a otro por temor a recibir una puñalada en la espalda o de que les roben los relojes —los relojes con que ellos van contando los minutos que quedan para la resurrección de Cristo.

Aquí, fuera de la iglesia, los creyentes ortodoxos son menos en número que la turba sarcástica que da vueltas y los oprime y aterroriza más que los tártaros. Seguramente, los tártaros se hubieran levantado a cantar maitines el domingo de Pascua.

No se ha traspasado el límite legal del crimen, el vandalaje es incruento, el insulto al espíritu está en la actitud provocadora del vándalo de sonrisa burlona, hablar atrevido, cortejar, manotear, fumar, escupir, a dos pasos de la pasión de Cristo. El insulto es la expresión de triunfante desprecio con que estos recién nacidos han venido a ver a sus abuelos tomar parte en los ritos de sus antepasados.

Entre los creyentes se ven uno o dos rostros judíos. Estos judíos pudieron haber sido bautizados o no. Ellos también miran nerviosos alrededor mientras esperan la procesión. Despreciamos a los judíos, tropezamos siempre con ellos, pero haríamos bien en reflexionar qué clase de rusos hemos levantado. Pensamos y se nos paraliza el corazón.

Estos no son, sin embargo, nuestras tropas de choque de los años treinta, aquellos que gritando como demonios les arrancaban de las manos a los creyentes los pasteles de Pascua. Estos están movidos, dijéramos, por una curiosidad intelectual. Ya no hay más juegos de jockey por televisión y todavía no ha comenzado la temporada de fútbol. Están aburridos, por eso se aglomeran alrededor del puesto de velones para comprar velas y empujan a los cristianos hacia un lado como sacos de paja y dicen insolencias a aquellos a quienes llaman "negociantes de la iglesia".

Hay algo notable: ninguno de ellos es de Peredelkino; sin embargo, cada uno conoce el nombre de los demás. ¿Cómo puede ser esto? ¿Proviene tal vez de la misma fábrica? ¿Pudo haber sido que éstos se ofrecieran a estas horas de servicio así como se prestan voluntariamente a hacer labor de vigilancia?

Arriba repican fuerte las campanas, pero hay algo artificial en esto, los repiques están atenuados en alguna manera, no son sonoros ni profundos. Los repiques anuncian la procesión de Pascua.

Tecni-Ciencia

Libros, S. A.

BIBLIOTECA DEL EDUCADOR
CONTÉMPORANEO
SERIE MAYOR

1.—**E. G. JOHNSTON, M. PETERS y E. EVRAIFF.**

El maestro y la orientación del niño.

2.—**SONIA G. L. DE DILLON**

Una nueva técnica para la enseñanza de la matemática.

3.—**ARMINDA ABERASTURY**

El niño y sus juegos.

4.—**MARIANO ZAMORANO y otros**

La geografía en la República Argentina.

5.—**LESLIE E. MOSER y RUTH S. MOSER**

Asesoramiento y orientación.

6.—**ALFRED YATES**

Agrupamientos en educación.

7.—**J. O. J. VAN DEN BOSSCHE**

Las escuelas comunitarias.

Torre Phelps, Mezzanina Central,
Telfs. 55.20.91 - 55.16.83 - 54.38.85
Plaza Venezuela - Caracas

**EGRESADOS DEL SANTA MARIA
(CHIVACOA - YARACUY)
MIEMBROS DE "LA TRIPLE A":
Están invitados a la Tercera Asamblea anual, el 28 de diciembre,
Día del Ex-Alumno.**

**LAS CAMISAS SON
LAVADAS CON
AGUA SUAVIZADA**

Sólo

La Primera

garantiza este servicio

El 80% de agua caliente
a 80° centígrados

Jabón en escamas
de la mejor calidad

En el lavado en cada camisa
empleamos un promedio de
15 litros de agua

**MAIZINA
AMERICANA**

Es inmejorable para todo
preparado que requiera el
empleo de una harina fina
y delicada.

**COMO ALIMENTO DE LOS
NIÑOS, ANCIANOS Y CON-
VALECIENTES, NO TIENE
RIVAL**

Agradable al paladar
y de fácil digestión.

MAIZINA AMERICANA
Recomendamos fijarse en
"EL AGUILA"
legítima

MAIZINA AMERICANA
ALFONZO RIVAS & Cía. C. A.
Petición a San Félix, 116
Teléfs. 55.80.61 al 69
Apartado 122
CARACAS

De nuevo el papel principal lo juegan no los cristianos, sino estos mismos jóvenes que rugen. En grupos de dos o tres se precipitan en el patio corriendo sin saber adónde mirar o dónde colocarse en el sitio por el que va a salir la procesión. Encienden sus velas pintadas de rojo y con ellas, con estas mismas velas, encienden sus cigarrillos. Esto es lo que hacen con ellas.

Se aglomeran y aguardan como quien espera que comience un baile. Todo lo que falta es un bar para que estos jóvenes espigados y de ensortijados cabellos (nuestra raza es más alta que nunca) puedan soplar la blanca espuma de cerveza sobre las tumbas.

Ahora la cabeza de la procesión ha salido de la iglesia y se dirige al patio al toque de las campanas. Dos hombres con porte de hombres de negocios, que marchan al frente, les piden a los jóvenes camaradas que se hagan un poco a un lado. Tres pasos detrás de los primeros un anciano personaje típico de las procesiones, alguien así como un sacristán, lleva un palo que remata en una lámpara de vidrio y dentro hay una vela encendida. El mira lleno de aprensión a la lámpara ansioso de mantenerla derecha y mira con igual aprensión hacia ambos lados. Este es el cuadro que yo pintaría si supiera cómo hacerlo. ¿Qué es lo que teme el sacristán? ¿Que los que construyen la nueva sociedad caigan sobre los cristianos y los golpeen? Los observadores comparten este temor.

Muchachas en pantalones llevando velas encendidas y muchachos con sus gorros puestos y abrigos desabotonados, cigarrillos entre sus dientes (en el cuadro aparecerán muchas caras, caras primitivas, mofletudas, con un aire de suficiencia que vale un rublo y además cinco kopecks de inteligencia, aunque algunos tienen un semblante de confianza y un hablar sencillo), todos ellos se agrupan alrededor y atienden a un espectáculo para el que nadie puede comprar tickets. Detrás del personaje de la lámpara vienen dos portaestandartes. Ellos también, como si tuvieran miedo, se aprietan entre sí.

Luego, en cinco filas de a dos, vienen diez mujeres con velas encendidas en las manos. Ellas también deben entrar en el cuadro. Las mujeres son mayores, de rasgos fuertes y decididos, prestas para morir cuando suelten a los tigres. Sólo dos de ellas son jóvenes —tan jóvenes como las muchachas de la turba—, pero ¡qué inocentes son sus rostros y qué llenos de luz! Diez mujeres cantan y marchan en cerradas filas. Ellas aparecen tan triunfantes como si a su alrededor hubiera sólo un pueblo piadoso que se santigua, reza y se arrepiente inclinándose hasta el suelo. Estas mujeres no perciben el humo de los cigarrillos, sus oídos están cerrados para las vulgaridades, sus pies caminan por el patio sin sentir que éste se ha convertido en una pista de baile.

Así comienza la procesión de Pascua. Algo conmueve a las jóvenes bestias de la selva a ambos lados y éstas se amansan un poco.

Después de las mujeres vienen los sacerdotes y diáconos con pálidas casullas cerca de ocho. Pero ¡qué apretados van, aglomerados, atravesándose unos en el peso de los otros, de tal forma que apenas hay espacio para mecer el incensario! Aquí, sin embargo, de no haber sido disuadido de ello, el Patriarca de todas las Rusias pudo haber celebrado la liturgia y participado en la procesión.

Muy juntos, aprisa, ellos pasan, y detrás de ellos... no hay nadie, ¡aquí termina la procesión! No hay devotos ni peregrinos que sigan a los sacerdotes porque de salir de la iglesia no hubieran podido entrar de nuevo en ella.

No hay pueblo devoto en la procesión, pero ahora entra en escena la chusma. Como una turba que se precipita por las puertas derribadas de un abasto, corriendo para apoderarse del botín, robar las raciones, barriendo por los portales, formando remolinos como un torrente, así los muchachos y muchachas entran en la iglesia empujando y abriéndose paso a fuerza de codazos. ¿Para qué? Ellos mismos no lo saben. ¿Para mirar a los sacerdotes moverse de un lado a otro? ¿Para crear desorden? ¿Para cumplir con una tarea que se les asignara?

¡Una procesión sin que nadie rece! ¡Una procesión sin que nadie se santigüe! ¡Una procesión con la cabeza cubierta, con cigarrillos, con transistores colgando del cuello! El cuadro debe incluir todavía la primera fila de los bancos de los fieles, cuando los muchachos irrumpen por los pasillos. Entonces el cuadro quedará completo. Una anciana, de pie en una esquina, dice a otra: "Este año está bien. No ha habido desorden. Mira cuántos policías." Así, ya lo sabemos. Otros años fue peor.

¡A dónde ha llegado lo más escogido de los millones que hemos criado y levantado! ¿Qué se ha hecho del esclarecido esfuerzo y las animosas predicciones de nuestras mentes pensantes?

En verdad, ¡algún día ellos se volverán contra nosotros y nos arrollarán!

Pero aquellos que los pusieron en contra nuestra, ellos también serán arrollados.